



Cartas a Théo

*Autor:
Vincent Van Gogh*

Alianza Editorial

*Madrid
2008*

Edmundo Moure

*Quisiera hacer algo como
las telas de los girasoles...*

Según los códigos de la sociedad consumista, el valor de las obras de arte lo otorga el mercado, dependiendo de sus transacciones al ritmo de la oferta y la demanda, porque el fruto de la creación no es más que otro producto de tantos que se exhiben y tasan en los almacenes. Fuera de este juego implacable, quedaron y quedan numerosos creadores, sea porque carecen de medios y oportunidades para acceder a la vitrina del “toma y daca”, o debido a cierta actitud existencial que rechaza la humillación del artista menesteroso ante el zafio opulento.

Quien pueda mirar, ver, contemplar “Los Girasoles”, desde una perspectiva estética y humanizada, se asomará a la angustia desnuda de uno de los mayores genios de la pintura moderna, Vincent Van Gogh (1853-1890), el holandés que pintaría sus más célebres cuadros en Arlès, en la bucólica Provenza del sur de Francia, donde vivió

una tormentosa temporada junto a su amigo y genio pictórico, Gauguin. En aquella comarca encontró Vincent los colores que su inconsciente buscaba, y, sobre todo, ese amarillo de cien tonalidades que zumbaba en su cerebro, pugnando por derramarse en la plétora ardiente de la tela.

Muebles viejos y ordinarios, objetos domésticos de categoría aldeana, rincones oscuros donde duermen los trastos la siesta de la quietud doméstica. Campos, árboles, pájaros, mujeres inclinadas por el peso secular de la servidumbre de género, sombras negras de hombres, apenas... Autorretratos donde aflora el alma tras los ojos y el rictus por la oreja tronchada... Todo se recrea y humaniza bajo el pincel goteante de Vincent. Se diría que es su propia sangre la que sirve de base a la paleta, donde se mezclan y refulgen los colores. Pinta y cuenta a su hermano, con la extraña elocuencia de quien pudiese haber sido también un escritor de nota, el lenguaje de sus cuadros:

Esta vez simplemente reproduzco mi habitación; sólo el color tiene que hacerlo todo, dando un estilo grandioso a los objetos con su simplificación, llegando a sugerir un cierto descanso o sueño. Bueno, he pensado que al ver la composición dejamos de pensar e imaginar. He pintado las paredes de violeta claro. El suelo con el material jaqueado. La cama de madera y las sillas, amarillas como mantequilla fresca; la sábana y las almohadas, de verde limón claro. La colcha, de color escarlata. La ventana, verde. El lavabo, anaranjado; la cisterna, azul. Las puertas, lila. Y, eso es todo. No hay nada más en esta habitación de contraventanas cerradas. Las piezas del mobiliario deben expresar un descanso firme; también, los retratos en la pared, el espejo, la botella, y algunas ropas. El color blanco no se aplica al cuadro, así que su marco será blanco, con la pretensión de conseguir el descanso obligatorio que me recomiendan. No he representado ninguna clase de sombra; sólo he aplicado simples colores planos, como los de los panqueques...

Brevísima fue la vida terrestre de Van Gogh; treinta y siete años de una intensidad superlativa, parte de la cual está reflejada en su texto literario epistolar, “Cartas a Theo”, de perfecta factura y descarnado lenguaje, que constituye una de las más grandes obras testimoniales que se hayan escrito. En estilo sencillo y directo, melancólico, mas sin pretensiones románticas, con sutiles pinceladas poéticas, el artista se dirige a su hermano Theo a través de breves epístolas que abarcan un período de diecisiete años. Sus afanes, dolores, exaltaciones extremas, breves alegrías y

persistentes padecimientos, ligados al proceso creativo, en medio de una atroz miseria, están expresados aquí con hondo patetismo, desprovisto, tanto de queja resentida como de rasgos de ruin autocompasión. Con rara serenidad y lacerante lucidez, Vincent parece prever el trágico fin que él mismo precipitaría.

Un banco y tres sillas, una figura negra con sombrero amarillo... Tengo un campo de trigo muy amarillo y muy claro, tal vez la tela más clara que haya hecho...

La descripción prolija de sus cuadros revela una creciente ternura por seres y cosas, solicitud que palpita entre el deseo de amar y ser amado y que no encontró eco en sus semejantes, quizá porque su propia obsesión encendía de amarillo sus pupilas anhelantes, provocando en los otros el rechazo implacable del miedo, vuelto aversión o desprecio.

La ansiedad enfermiza, el frenético desasosiego, acentuarán su esquizofrenia irreversible, presente en muchas de sus pinturas, máxime en las postreras. Pero aun en medio de su locura, la clarividencia del genio se impondrá a la carga disociadora de su quiebre racional. En una de sus últimas cartas al hermano expresará, anticipándose a los estetas del expresionismo futuro:

Estamos todavía muy lejos de que la gente comprenda las curiosas relaciones que existen entre un trozo de la naturaleza y otro, y que no obstante se explican y se hacen valer uno al otro...

Interno en un sanatorio para enfermos mentales, seguirá luchando por recuperar su centro, con la única arma que poseía: su porfiada voluntad de crear a través del color hecho plasma. Así, escribirá desde su desolada certeza:

El trabajo me distrae infinitamente más que cualquier otra cosa y si pudiera, cuando ya me sienta bien, dedicarme de lleno y con toda mi energía, sería quizá el mejor remedio para mi mal.

Pese al tiempo transcurrido entre épocas y modas y vanguardias que duran un suspiro, “Cartas a Theo” sigue siendo un libro de notable vigencia, de actualidad y belleza desgarradoras que develan, una vez más, ese “cochino espíritu burgués” que niega el pan, la sal y el agua a sus máximos creadores, para lucrar de sus obras póstumas hasta límites inconcebibles. Baste recordar que, en 1987, el cuadro Los Girasoles fue tasado en veinticinco millones de libras esterlinas.

Vincent Van Gogh escribe, en carta a su hermano Theo, que había podido comer lo suficiente aquella semana de invierno de 1889, porque una amiga prostituta le trajo como regalo dos kilos de patatas y tres hogazas de pan centeno.

Bajo los trazos y colores de su pintura imperecedera, siguen mirándonos los ojos del pintor holandés, mientras desde ellos claman los amarillos girasoles de la angustia, bajo ese cromó que pareció negarle toda felicidad.